

este precio recibiría el reconocimiento papal, con la perspectiva de la coronación imperial. Hasta entonces Inocencio se reservó su decisión, pues su nueva exigencia era que el Papa debía decidir sobre el derecho de un rey alemán electo.

Al principio Otón se mostró deferente a los deseos papales. Pero no pudo imponerse en Alemania. Inocencio se vió obligado a tratar con Felipe y hasta pareció muy cercano el entendimiento, cuando Felipe fué asesinado por venganza personal (1208). Otón quedó entonces de improviso a la cabeza de una Alemania unida, puesto que también los partidarios de los Hohenstaufen se sometieron a su poder. Reiteró sus antiguas promesas: por ellas fué invitado a recibir la corona imperial y apareció en Italia. Mas cuando todos cayeron a sus pies y fué reconocido en todas partes como heredero del antiguo poderío imperial, no recordó para nada sus promesas y trató las nuevas regiones anexadas del estado pontificio como si pertenecieran al Reich alemán. Más aún: una vez en su poder la Italia septentrional y la central, siguió las huellas de Enrique VI y, volviéndose hacia el sur, comenzó la conquista del reino de Sicilia.

Estos hechos obligaron a Inocencio a tomar resoluciones desesperadas. Excomulgó a Otón. Pero, ¿de qué servía un anatema fulminante, si no lo sostenían las armas? Era indispensable un brazo laico para cumplir la sentencia. Y había sólo uno capaz y éste era peligroso: Federico de Sicilia. Había que instituirlo anti-rey en Alemania, para que atacara por la espalda a Otón; así habría aún perspectivas de salvación. Pero, ¿podría significar una solución el hecho de que el hijo de Enrique VI dominara nuevamente en Alemania e Italia, desde el Mar del Norte hasta las costas africanas? ¿Dónde quedaba con

eso la independencia de la Iglesia, dónde la esperanza de sostener el engrandecido estado eclesiástico? El remedio pareció tan malo como la enfermedad.

Inocencio, sin embargo, se decidió a emplearlo, para echar al diablo con la ayuda de Belcebú. Su cálculo fué exacto: el Hohenstaufen repuesto por la Iglesia no sería nunca tan peligroso como un Güelfo vencedor de la Iglesia.

Instigados por él, los príncipes alemanes eligieron (1211) a Federico de Sicilia y éste no vaciló en dirigirse a Alemania a obtener la corona de sus padres. Otón se volvió a su patria, para defender su posición. En la guerra provocada por estos hechos Federico conquistó la victoria pero no por sus propias fuerzas. Debió su elevación al trono a la Iglesia de Roma y su buen éxito al dinero francés y a las armas francesas. Esto es lo significativo de toda esta lucha por la corona: se trata de un fenómeno concomitante de luchas exteriores y su decisión se debe también a fuerzas exteriores.

Europa se encuentra entonces bajo el signo de la enardecida lucha entre las potencias occidentales, Inglaterra y Francia. Otón, en su calidad de sobrino del rey de Inglaterra, es el aliado de los ingleses —sin el oro inglés no hubiera logrado en modo alguno su elección—, mientras que Francia sostuvo al Hohenstaufen. La contienda franco-inglesa se lleva a cabo en suelo alemán, y los reyes alemanes son los trebejos del tablero europeo, en el que se mueven las piezas desde el Támesis, el Sena y el Tíber. ¡Cuántas veces desde entonces se ha repetido este juego y en cuántas ocasiones ha sido Alemania el tablero de ajedrez de las contiendas europeas! En ese año de 1214 sucedió por primera vez. Cuando Felipe II de Francia, en 1214, batió y aniquiló en Buvinas al ejército alemán, la

guerra anglo-francesa quedó decidida a favor de Francia. Federico II consiguió la ventaja: la victoria francesa lo libraba de un rival, y cuando éste le hizo el favor de fallecer cuatro años más tarde (en 1218), quedó como rey indiscutido en tierra alemana. Dos años después pudo hacerse coronar emperador en Roma.

Pero ya no era éste el antiguo imperio alemán: su preponderante poder se había eclipsado. La hegemonía alemana había desaparecido y en lugar suyo se había adelantado la gran potencia francesa recién nacida. También es significativo el hecho de que en Buvinas, por primera vez en la historia, se encontraron en un gran campo de batalla un ejército francés y uno alemán, y los alemanes sucumbieron. Tampoco en Italia el imperio de Federico II tuvo por lo pronto mayor importancia. Desde un principio —¿y cómo hubiera podido ser de otra manera?— Federico II debió reconocer las conquistas papales y ceder al Pontífice los bienes de Matilde y con ellos la situación dominante en Toscana. En Lombardía tuvo que conformarse con una soberanía meramente teórica. Ante todo era rey de Sicilia y tal vez nada más que eso. Más tarde —es verdad— hizo la tentativa de reconquistar lo perdido y elevar su imperio a una soberanía unitaria monárquico-absoluta en toda la península. Chocó con los antiguos adversarios, que se habían opuesto ya a su abuelo y también a su antepasado, Enrique IV: la Liga de las ciudades lombardas y la Iglesia romana, detrás de las cuales se alineaban los eclesiásticos de occidente y, sobre todo, Francia de nuevo. Como sus antecesores, tampoco pudo vencerlos. Ciertamente, el verdadero problema del poder no fué resuelto, porque en plena lucha, tal vez en el momento de triunfar, Federico II falleció (1250).

No necesitamos tratar estos acontecimientos sino a la

ligera, con una ojeada de paso. No pertenecen a la historia alemana, tanto más cuanto que no es posible ver en Federico II, por ningún concepto, un soberano alemán. Fué y siguió siendo un extraño en el país de sus antepasados, al que después de su salida en 1220, como es sabido, visitó sólo dos veces por breve tiempo (1235-1237); el primer extranjero, en fin, en el trono alemán. Y puesto que se sentía italiano, también las metas de sus ambiciones estaban totalmente al sur de los Alpes. Para él, Alemania era un país secundario, que tenía valor como fuente del mejor material humano en soldados, careciendo de interés en lo demás. Por eso la desatendió, dejando que los asuntos alemanes siguieran su propio curso. Cuando murió, desapareció de la escena un emperador italiano, no un alemán. El imperio había dado la espalda a Alemania. Los alemanes se lo retribuyeron, y desde Federico II se preocuparon muy poco, y con el tiempo cada vez menos, de Italia; aun cuando no se les discutió no ejercieron el derecho de consagrar, a la vez, en la persona de su rey, al emperador romano. Así aconteció que después de la muerte de Federico II el mundo no conoció otro emperador durante más de 60 años. El Emperador había llegado a ser una cosa superflua. El imperio alemán, como poder político, se había extinguido: llegó a su fin la primera gran época de la historia alemana.

Debemos preguntarnos las causas. ¿Cómo nos explicamos este fin tan borroso e insignificante, mientras que su comienzo y su progreso fueron intrépidos y fuertes? ¿En qué fracasó el imperio de los Hohenstaufen?

Antes de buscar una contestación, debemos comprender claramente que este imperio de los Hohenstaufen fué cosa muy distinta al de los Otones y Salios. Éstos habían gobernado a Italia desde Alemania, mediante los obispos

nombrados por ellos y por medio del mismo Papa. Desde la lucha por las investiduras esto ya no era posible. En su lugar Federico I había introducido un dominio inmediato del país con una administración a cargo de funcionarios imperiales propios: primero en Lombardía, luego, cuando allí el intento demostró ser impracticable, en Toscana. Enrique VI había ganado el reino de Sicilia y desde allí dominaba, sobre todo con su poder marítimo, toda la península. El imperio de los Hohenstaufen ya no tenía su centro de gravedad en Alemania; sus problemas y sus mayores recursos de poder se hallaban con preferencia en Italia. ¿Por qué, pues, se derrumbó tan rápidamente?

La contestación más a mano, que es también la que se da con mayor frecuencia, es ésta: la tarea sobrepasaba las fuerzas del imperio. La dominación de Italia con las modalidades adquiridas durante los dos grandes Hohenstaufen era más de lo que a la larga podían realizar los alemanes; por eso debía perderse. Y los sabios maestritos de la historia mundial suelen no omitir la observación vituperante de que hubiera sido más "prudente" renunciar desde el principio a una empresa que carecía de buenas perspectivas. Sobre todo se ha reprochado que los Hohenstaufen hayan traspasado los antiguos límites históricos del imperio y hayan conquistado además el reino de Sicilia. Esta hipertensión se habría vengado y en ese sentido el casamiento siciliano de Enrique VI habría constituido una verdadera desdicha.

Esta idea desconoce la situación política de Italia en el siglo XII tan en absoluto como las circunstancias geográficas permanentes de su armazón política. ¿Cómo hubiera podido consolidarse un emperador alemán en la mitad norte de la península, cuando en el sur existía una gran potencia que era dueña del mar, de las costas, de

los puertos, y que en determinadas circunstancias podía destruir el comercio de las ciudades marítimas septentrionales como asimismo el de todo el "hinterland"? A la larga hubiera sido imposible soportar este vecino. Por la misma razón se hubiera podido exigir de la antigua Roma que se resignara ante la prepotencia de Cartago, o de Víctor Manuel II, que dejara subsistir el reino de Nápoles. En tiempos de los Otones y de los Salios había sido algo distinto, porque la Italia meridional estaba entonces subdividida y era, por lo tanto, impotente. La existencia de una gran potencia siciliana significaba para los soberanos alemanes: ¡o todo, o nada! Si de nuevo debía existir un imperio, una soberanía alemana en Italia, había de extenderse hasta Sicilia. Con otras palabras, era necesario destruir o anexionar el reino siciliano. Un entendimiento con él, como al principio intentó Federico I, resultaba ser sólo una etapa en ese camino; la anexión de Sicilia, cuando se hubiese presentado la posibilidad para ello, estaba en la naturaleza misma de las cosas.

¿Sobrepasó realmente esta política las fuerzas alemanas? Podría parecerlo, si se tiene en cuenta solamente el resultado. Mas ¿era de preverse tan certeramente la imposibilidad de la empresa, como —aparentemente— se llega a sostener más tarde en razón del evidente fracaso? Ni Federico I, que sin embargo todos sus contemporáneos han celebrado como uno de los más sagaces, ni los muchos y excelentes estadistas que lo rodeaban, pueden haber dudado sobre las perspectivas del resultado; de otra manera, hubieran deducido a buen seguro otra consecuencia y realizado una política distinta. Se advierte además que precisamente esa política fué aprobada y soportada por la nación con una firmeza sobre la que no caben dudas. Federico I y Enrique VI contaron con su pueblo cuando

trataron de reconquistar para él la hegemonía que ya había perdido. También la política imperial de los Hohens-
taufen fué nacional en ese sentido. El éxito le dió la razón: se logró reconstituir lo que era un antiguo anhelo.

Sin embargo, la obra no tuvo consistencia. ¿Cuál fué la causa de que el imperio reconquistado volviera a derrumbarse tan pronto?

Si dejamos hablar a los hechos, salta a la vista ante todo la prematura muerte de Enrique VI. Sin duda alguna los acontecimientos hubieran podido ocurrir de modo bien distinto si hubiese vivido veinte o tan sólo diez años más. Por lo tanto, un desgraciado acontecimiento fatal cooperó enérgicamente en el derrumbe.

Se argüirá que una creación que no sobrevive a tales accidentes no posee evidentemente vitalidad alguna. Es exacto; una fundación política comprueba su derecho a existir con la consolidación en momentos de desgracia. Si el imperio de los Hohenstaufen, la potencia mundial ítalo-alemana, hubiera surgido de una idea justa y sana, no habría podido ser desbaratado por un intempestivo cambio de hombres.

Esto equivaldría a exigir que los árboles poseyeran troncos gruesos desde un comienzo o que los hombres llegaran ya adultos al mundo. Hasta la fundación de un estado necesita tiempo para echar raíces firmes y engrosar su tallo; en sus comienzos representa siempre una planta tierna, que, fácilmente, puede ser rota, hollada o arrancada. También los estados están expuestos a las enfermedades de la infancia, de las que se muere joven, mientras que en la edad adulta ya no hay que temerlas. ¿Cómo habría que juzgar a Federico el Grande, si hubiese encontrado la muerte en la batalla de Kunersdorf? Es igualmente dudoso que la reciente gran potencia prusiana hubiese podido so-

brevivir a esa hora crítica. A Prusia le fué ahorrada esta prueba; la creación de los Hohenstaufen, en cambio, encontró en ella la ruina. ¿Por qué? ¿Qué le faltaba de lo indispensable para asegurarle una estabilidad duradera, y cuáles fueron las fuerzas contrarias que pudieron destruirla?

No se tarda en hallar la contestación, si se mantiene la mirada fija en los hechos: *el imperio se derrumbó porque no fué defendido de ningún modo*. En lugar de oponer un frente común contra el exterior, en el momento crítico, se dividió en dos bandos la representación política, la casta de los príncipes, que por desgracia se combatieron mutuamente durante diez años (1198-1208) y luego por seis más (1212-1218), en total durante veinte años, con una interrupción de cuatro. Cuando, después del asesinato de Felipe de Suabia, se reconstruyó transitoriamente la unidad, se vió en seguida que las fuerzas del estado eran más que suficientes para sostener la soberanía en Italia. Sin recurrir a las armas, Otón IV, al aparecer en Italia en 1209 a la cabeza del ejército del Reich, restableció nuevamente el gobierno alemán sobre toda la península. Estuvo por someter también a Sicilia, cuando, por segunda vez, estalló a sus espaldas la discordia entre los príncipes alemanes. Por la defección de algunos potentados, que elevaron a Federico II como anti-rey, Otón se vió obligado a defender su corona en Alemania y a perder a Italia.

En este caso resulta palpable la causa por la cual el imperio llegó a derrumbarse: la desunión de los príncipes, que se disputaban la corona en lugar de defenderse contra el peligro. La doble elección de 1198, con sus consecuencias ulteriores (una guerra civil de veinte años exactamente), destruyó el imperio.

Nada hay más descabellado que la presunción de que

la escisión en la elección real del año 1198 no tuviese nada que ver con el problema de la política imperial. Apenas Otón IV fué reconocido por todos, reasumió plenamente la política italiana de los Hohenstaufen. Su elevación al trono como anti-rey no es, por lo tanto, un acto de oposición política sino de ambición dinástica. Y lo mismo ocurre luego, cuando el Güelfo se opuso a Federico II.

El Reich alemán no abandonó conscientemente la política imperial de los Hohenstaufen; pero la descuidó y no defendió sus conquistas, cuando fueron amenazadas, aunque hubiera sido fácil la empresa de sostenerlas. Tan sólo con una parte de las fuerzas que se consumieron estérilmente durante largos años en las luchas por el trono alemán, con perjuicio para todo el país, se hubiera podido sostener sin dificultad el imperio en Italia y con él la posición preponderante de la nación, hasta en las crisis más graves.

Ahora sabemos, pues, por qué el imperio alemán ha sucumbido: por la discordia, el egoísmo, la miopía de los príncipes alemanes. Nadie puede dudar que aparecen en este caso las funestas cualidades que, en todo momento, encontramos de nuevo en las páginas de la historia alemana: la falta de comprensión para lo total y colectivo, la preferencia por lo particular y propio, la debilidad del instinto político. Estos defectos nacionales tienen la culpa de que Alemania perdiera su situación dominante en el oeste al final del siglo XII.

Entre tanto no es posible simplificar las cosas al extremo de decir sencillamente que la desunión ha derrotado, entonces como siempre, a los alemanes. ¿Cómo fué que en el año 1200 esta desunión pudo influir tan fatalmente y sin reacción alguna, cuando hasta ese instante se había logrado vencerla? ¿Y cómo fué que más tarde no se hizo

ya ninguna tentativa para la restauración? También en el año 1100 todo se perdió una vez, pero asimismo los sucesores de Enrique IV pudieron volver siempre a sus antiguos proyectos, hasta que la obra se cumplió con Federico I. Mas esto no volvió a ocurrir después del año 1200. Alemania apoyó muy tibiamente a Federico II en su lucha por la soberanía en Italia y al final le abandonó. Cuando Federico II fué depuesto por la Iglesia, también en Alemania se le dejó desamparado en vastos círculos y se le opusieron anti-reyes. Pareció que en ese siglo XIII, ya nadie quería mantenerse fiel a las antiguas tradiciones de los años anteriores. Esto obedece siempre a causas especiales; también aquí existen y son fáciles de reconocer.

La situación del Reich se hallaba ya encaminada hacia una transformación, que dejaba camino libre a las fuerzas divergentes, mientras dificultó mucho la realización de la unidad. Esto fué lo fatal en la caída del imperio y por eso no pudo volverse a levantar de ese derrumbe, porque coincide con él una modificación en la vida estatal alemana que, brevemente, puede calificarse como el comienzo de la disolución del Reich. Ello da a la época, que va de 1198 a 1220, su especial significado: constituye, simultáneamente, un fin y un comienzo; *el imperio*, es decir la hegemonía en occidente, *ha terminado, y empieza la disolución del Reich*.

Esta disolución no comienza con el fin del imperio y la desaparición de su poder en el exterior; ni mucho menos es una consecuencia de ello, aunque a menudo se afirma lo contrario. El imperio, se dice, arrastró en su caída al poder real alemán y, en los vanos esfuerzos por la corona imperial, se agotaron las fuerzas del reino, por lo que el